

## Algo bello

Dicen que soy algo bello, un cristal azulado en el mar de dunas, un grácil viento del desierto que surca los cielos. Sus miradas quedan cautivadas y sus agrietados labios pronuncian dulces palabras para definirme, dicen que no pueden evitarlo, pues he nacido para deleitar. Dejarme admirar es mi propósito vital y bailar ante sus rostros desesperados y polvorientos mi oficio. Desde que tengo memoria el carro ha sido mi hogar, un reducido habitáculo rodante tirado por caballos que comparto con mis hermanas. Ellas también me observan, noto sus miradas cuando comemos, entre susurros envidian, critican y anhelan mis posesiones. No entienden lo excepcional que soy.

Las ruedas se detienen llegando al final de la tarde, es entonces cuando comenzamos nuestras danzas que amenizan la velada entre hogueras, alimentos y lascivas miradas acompañadas por sádicas sonrisas que se esbozan entre gritos y bebida. Sus ojos llorosos inyectados en sangre permanecen en mí mientras me fijo en un apretón de manos con una bolsa de monedas de por medio, comprendo que esta será otra gélida noche, pero continúo bailando. Entre viaje y viaje se extiende nuestra fama, una popularidad creciente que nos rodea de abalorios, íconos dorados e ídolos enjorjados. La caravana llega a oídos del visir y entre las chicas circula el rumor de que tiene interés en poseernos, siento que puede ser una oportunidad para abandonar esta polvorienta vida, pero no puedo ignorar mis dudas.

El ambiente se enrarece, los susurros del populacho describen los sádicos gustos del soberano que, aunque con evidente fantasía, estremecen la razón de las chicas sometiéndolas al yugo del miedo. Finalmente, la convulsa situación acaba por estallar bajo el velo de la noche. Una de nosotras ha sucumbido y busca una salida corriendo sobre la gélida arena, el resultado queda decidido y comprobamos, al escuchar sus angustiados gritos de dolor, que la redención se paga en carne y sangre. Con el final de la tortura reina de nuevo el silencio, sin embargo, no encuentro descanso cerrando los ojos, no puedo quitarme de la cabeza la visión de su figura corriendo hacia el horizonte.

Zarpamos de nuevo sobre el mar de dunas, nuestras manos están atadas y comienzan a aparecer moratones y heridas menores en el cuerpo de las chicas. Reafirman su autoridad para evitar una nueva huida, pero mis privilegios siguen intactos, no dejan de halagarme e incluso permiten que me desate en algunas ocasiones, siempre he merecido un trato especial, entonces, porque me siento tan mal.

La caravana avanza impasible hacia nuestro destino final, hemos dejado atrás el desierto y nos adentramos en una tierra árida y rocosa. Mientras avanzamos por el camino de la montaña siento mis dudas más acuciantes que nunca, quiero abandonar esta vida, pero la alternativa palaciega no resulta atractiva. Noto como me falta la respiración mientras mis pensamientos no cesan, saboteando cualquier intento de mantenerme tranquila. Dentro de esta vorágine recuerdo su viva imagen y lo veo todo claro. Movida por una repentina inspiración me levantó y me deslizo de mis ataduras para tratar de saltar del carro, el hombre que lleva las riendas se percata de mis temerarias intenciones e intenta detenerme soltando los caballos por un momento para alargar su mano hacia mí. El carro se tambalea, pierdo el equilibrio mientras observo la escarpada pendiente más allá del umbral del vehículo, de repente las ruedas se levantan y los caballos entran en pánico.

Despierto entre cadáveres y astillas de madera, los lujosos abalorios yacen en la tierra manchados de polvo y sangre de mis hermanas. Trato de moverme, pero tengo el brazo izquierdo atrapado entre los restos, la confusión me impide observar con claridad hasta que un siseo me hace focalizar mi atención en una hendidura rocosa de la que aparece silenciosa una serpiente saboreando el aire con la lengua. Sus escamas brillan doradas ante el sol mientras se acerca lentamente hacia mi indefensa mano, la mordedura es rápida; el veneno lento. Mi pánico arremete junto con el dolor e ilusamente busco auxilio con la mirada y la voz. Nadie responde, la desolación inunda mi mente, dejo caer mi cabeza hasta reposar la nuca y siento un gélido aliento en el cuello, llevé mi mano libre a su origen y descubro una salida, una oportunidad de vivir al menos unos minutos más, una opción que el instinto no permite desaprovechar.

La hoja está desafilada, aun así, agujereo, corto y desgarró. Mis gritos son ignorados ante la indiferencia del viento, pero finalmente termino el trabajo. Miro mi mano cortada y mi brazo ensangrentado, ya no habrá más multitudes lascivas, monedas a mis pies o favores impuestos. Me levanto y comienzo a caminar entre los restos de la dorada jaula observando los cuerpos inertes de mis antiguas compañeras, entiendo el precio de esta nueva existencia, sin embargo, a pesar de la culpa miro al cielo y lo encuentro tan azul como la primera vez. Siento que incluso con mi brazo cercenado, estoy más completa que nunca, pues algo no puede ser verdaderamente bello hasta que es libre.